

tierras mismas puestas en sus admirables versos. La heroína de la tragedia, siquier sea una reina del Asia, interpreta con maravillosa oportunidad el sentir de Grecia. Cuando el mensajero ha concluído su relato, vuélvese airada en una imprecación magnífica, llena de quejas dolorosas contra los adivinos y las adivinaciones del Oriente. Sin embargo, no le queda más recurso que guardar sus viejos ritos, porque los imperios han de atenerse á las creencias seculares hasta para su muerte, como se atienen al sudario los cadáveres y al ataúd las momias. Las mujeres de Susa y Ecbatana desgarran sus velos con sus débiles manos y golpean los lechos donde antes recibieran las caricias de sus esposos queridos. Soldados invencibles, marinos que parecían tener alas en sus espaldas, la flor del Asia, unos han muerto en las olas hirvientes y otros han huído por los hielos tracios, contando en su dolor la victoria de Jonia. Entre lamentos tales, el republicano griego entona un himno contra las viejas monarquías. La efusión del humano sentimiento posee al poeta, el cosmopolitismo de la idea le domina como pudiera dominar á un pensador romano, y la compasión por todos los oprimidos y el horror contra todos los opresores corre como chispa de luminosa electricidad por la espada que ha esgrimido en Platea y por la cítara que ha tocado en Atenas, despidiendo una y otra por igual inspiraciones, las cuales permanecerán como estrellas fijas en los cielos infinitos de la humana conciencia. Levantándose aquel heleno sobre los egoísmos de su raza y sobre los estrechos límites de su patria, en alas de una filosofía más bien adivinada por su presentimiento é intuición que conocida por su ciencia, comparte los frutos de la victoria, ganada por sus héroes y por sus mártires, cual el propio vencido, y le dice cómo los pueblos de la tierra del Asia no volverán desde aquel entonces á obedecer á los déspotas, ni á pagarles tributos arrancados por la conquista, ni á prosternarse de hinojos confundiendo con la tierra el rostro ante la majestad soberana, porque los reyes han perecido, y la lengua de los hombres no lleva ya mordaza, y el yugo de la fuerza se ha roto, y el pueblo, desencadenado y con sus hierros á los pies, exhala ya libre la voz del pensamiento.

— Atossa entonces — dice Persio — no tiene más remedio que volverse de los vivos á los muertos. Su figura se parece á las figu-

ras funerarias levantadas sobre los viejos panteones hieráticos. Así depone su carro de oro, porque no cuadran riquezas tantas á la miseria del vencido, y se ciñe tocas de viuda, como cumple al dolor y al llanto. Creyendo que sus progenitores traerán de nuevo con su intercesión la vieja fortuna y el viejo poderío, aplaca sus manes desconsolados con ofrendas como leche de vaca blanca sin mancha, como dorada miel que han destilado las flores y recogido las abejas, como agua escanciada en fuente pura y virgen, como vino sacado á una sacra viña, como aceite destilado de seculares olivos y guirnalda brillantada aún por el rocío, al son de himnos religiosos que alcanzan á evocar las sombras y á unir por medio de libaciones litúrgicas la tierra esclarecida por el sol y animada por el aire con sobrenaturales regiones. En efecto, los viejos persas acuden á la voz de su reina, y llaman á golpes en las puertas de los sepulcros, y evocan á voces las sombras de los héroes. A estas evocaciones y á estos golpes Darío surge de su profundo sepulcro. Dormía en él cuando ha interrumpido el sueño dulce de una muerte perdurable misterioso estremecimiento de dolor sentido por la tierra que no ha dejado en paz y en reposo el asilo de los muertos. Así ve la esposa inclinada sobre su regio mausoleo para ofrecerle propiciatorias libaciones, que le saquen de los abismos, donde las divinidades sepulcrales tristemente lo guardan, esas divinidades cuya resistencia se opone allá en su voracidad insaciable á devolver la devorada presa. Darío llega, pues, pero llega presuroso y como apremiado por divinidades sombrías que no quieren tolerarle mucho tiempo su estancia entre los hombres. El coro tiembla y calla. Conociendo el dolor que inferirán sus noticias al desgraciado rey, herido por el infortunio en sus descendientes y acosado hasta en el sepulcro, deja que adivine por sí toda la intensidad horrible de su desgracia irreparable, la cual merece conmover hasta las entrañas de los sepulcros y turbar hasta el reposo de los muertos. No encontrando en el coro Darío quien le informe, dirígese á su viuda, la reina, preguntándole, amoroso, la causa de tanto dolor. Entonces Atossa recuerda la felicidad con que habían reinado ambos á dos sobre Persia y la fortuna con que habían sometido todas las resistencias y gobernado á todos los pueblos. Pero en contraposición á esto, el reino de los persas, que parecía destinado á crecer bajo la

majestad increíble de Jerjes, acababa de hundirse por un triste decreto del hado en lo profundo. Al oír esto la sombra de Darío, que no puede alcanzar desde la otra vida con claridad lo acontecido aquí en nuestra vida, pregunta si la guerra civil ó la peste desoladora se han empeñado en la increíble obra. Atossa le cuenta entonces cómo la rota y solamente la rota de sus ejércitos ha perdido al imperio. Darío no quiere creer á sus propios ojos y á sus propios oídos por parecerle inverosímil que la pujanza transmitida por su testamento á los herederos y los reinos por él con tanta gloria juntados se hayan así puesto como en disolución y casi á la boca y entrada de la muerte. Habiendo fenecido en brazos de muchos herederos, pregunta cuál de sus hijos ejercía el poder en tamaño trance y tomara sobre sí la triste suerte de acabar con tanta vergüenza un imperio erigido por él con tanta gloria.

— Mucho le duele á la madre — añade Séneca — decir el nombre de aquel hijo á quien va unida la catástrofe, pero no tiene remedio. Sus deberes de reina le imponen la necesidad imperiosa de cumplir este triste misterio, y lo cumplirá desgarrada por el dolor, pero con firme voluntad. Así le dice que quien mandaba imperio, flota, ejército, era Jerjes, despoblador de Asia, pues arrojó su enorme pesadumbre de ésta sobre Grecia. Sabido esto, pregunta Darío si la expedición se inició por tierra ó por mar, si la guerra fué continental ó marítima. Y Atossa le responde que la emprendió con doble carácter y que presentó siempre al enemigo dos frentes, uno en las olas, otro en las islas y penínsulas. Darío no puede comprender cómo el numeroso ejército continental de Jerjes ha pasado el mar, y Atossa le refiere que Jerjes puso un puente sobre los estrechos. Darío no puede comprender que hiciera tal sin auxilio de un dios, quien, para vengarse de su soberbia increíble, le ha pegado luego un vértigo de perdición y de muerte. Estos pensamientos sumergen al viejo monarca difunto en una especie de somnolencia, más terrible que la sugerida al espíritu por el frío de la muerte; y Atossa, en su dolor, aprovecha tal estado para decirle todo cuanto ha sucedido sin provocar las maldiciones del padre sobre la frente del hijo. Al saberlo todo, la sombra sobrenatural da la clave de aquel enigma y dice como ha pasado todo esto en castigo de la feroz audacia que ha querido esclavizar como sierva en

harén el agua celeste de los mares griegos, detener la corriente del Bósforo que un dios mueve, ceñir con cadenas las ondas libres y someter á su cetro los vientos impetuosos, en castigo de todo lo cual tantas riquezas aglomeradas desde Astiages, el abuelo de Ciro, hasta Cambises, y desde Cambises hasta Darío mismo, se desvanecerían como el vapor de un río, como la sombra de un nublado. No pueden los griegos ser combatidos por los déspotas del Asia, porque la tierra misma pelea en pro de ellos. Así Jerjes, enfatuado todavía por su propia soberbia y por los vapores que han sugerido á su cabeza las alabanzas de sus cortesanos, podrá dejar en Grecia un ejército que destruya los altares, pulverice las estatuas, amontone los cadáveres; no le queda más remedio sino reducirse dentro de su reino y pensar en sus viejos súbditos, olvidando para siempre aquellos pueblos helenos á quienes sus libertades y sus dioses han hecho igualmente invencibles. Cuando acaba Darío de hablar aparece como un mendicante Jerjes, el cabello en desorden y el vestido en harapos. Aquella vestimenta oriental, en cuyos pliegues envuelto parecía un dios por el brillo de tanta pedrería como la ornaba resplandeciendo sobre la carroza de oro, en mil pedazos desgarrada, corrió á los cuatro vientos, deshecha cual las legiones de quienes era brillante y adorada divisa. La madre Atossa acorre al hijo, vulnerado más por su propia imprevisión que por las armas ajenas. Pero él no quiere auxilio ninguno. Creyéndose un día el numen de la tierra, no se conforma con pasar ahora de un salto á las genomonias donde yacen los réprobos del mundo maldecidos á una por la conciencia y por la historia. Sus rodillas flaquean y no quieren sostenerlo. El ejército, que ha disipado, se alza como una legión de sombras y á modo de remordimiento inacabable á sus ojos febriles. Los golpes que ha recibido penetran como puñaladas en las entrañas de su corazón despedazado. Mientras gime y solloza, el coro pone los dedos en las llagas de su espíritu mostrándole cómo los dioses todos se le han vuelto contrarios y le han arrebatado los héroes de su preferencia, sumergidos en las playas de Salamina con sus rotas naves tirias. El tirano maldice á la feliz Atenas, y estas maldiciones de la tiranía convierten la ciudad en diosa. Por tanto, los palacios del despotismo, que han atormentado á innumerables oprimidos, tórnanse á una en terribles infiernos del

déspota. No le queda más que un carcax á éste. Él se ha salvado, pero hasta sus escoltas han muerto. Los acentos funerarios que de su pecho brotan y los mares amargos que de sus ojos caen, apenas bastan al infeliz para expresar sus dolores. Por aquellas salas, donde antes resonaban los himnos de triunfo, resuena ahora tan sólo el cántico misiano de una desesperación suicida y sin término. La barba se le ha vuelto blanca, y sin embargo, se la mesa con sus manos y se arranca mechones que parecen guedejas de un león destrozado. Su púrpura se ha convertido en sayal, y ni siquiera los harapos de este sayal quiere, como si le quemaran las carnes. Estatua de oro, que se creía eterna, por levantarse orgullosa en los hombros de siervos sin número hase derretido al fuego de una idea. ¡Oh santa libertad!

— Con estilo verdaderamente cíclico — dice Lucano, — el poeta sublime describió los sucesos de aquella guerra épica; pero debe decirse que la realidad histórica supera en mucho á la idea poética. Pocos imperios tan enormes como este imperio de los persas. Cuando Ciro se presentó en Jerusalén, tras su edicto á favor de los judíos, no parecía, sobre la montaña de Sión, un monarca, parecía Jehová mismo, relampagueando con los sublimes relampagueos del alto Sinaí. Sus ejércitos eran Babels de razas. A su paso iban pueblos y naciones. Jerusalén asemejábase á un santuario de aquella divinidad. Las procesiones en su honor celebradas sobrepujaron á las procesiones hechas por sacerdocios enteros y salidas de los templos ciclópeos. Al abrirse las puertas de su palacio en la ciudad santa de los profetas, parecía que su poder alcanzaba de suyo á implantar los ídolos paganos en aquella tierra del monoteísmo espiritualista. Cuatro toros enormes, ceñidos de guirnaldas gayísimas y consagrado cada cual á una respectiva inmolación ante las cuatro mayores divinidades persas, abrían el cortejo. Caballos de bella estampa y varias pieles, todos igualmente airosos, relinchaban de alegría y retozaban de continuo, sabiéndose destinados al sol. Un carro de plata, ornado con festones de pedrería, cuya lanza era de oro, tirado por cuadrigas teñidas de púrpura y enjaezadas de gasas semejantes al iris, llevaba el sacerdote portador de la llama sagrada que ardía en litúrgico brasero. Ciro seguía después, la cabeza ceñida por una tiara que partía de una corona,

los pies calzados por sandalias rojas, la túnica blanca, el manto púrpura, todo él cubierto, como un ídolo, de rica pedrería; trescientos eunucos, á cual más ricamente vestido, le circuían; cuatro mil doríforos lo escoltaban, más que con armas, con instrumentos de música y con himnos de triunfo; tras los doríforos iban cien elefantes de honor y de respeto; tras los elefantes, diez mil caballeros persas, otros tantos medos, armenios, caduceos, saceos y carros innumerables de guerra, puestos cuatro en fondo, porque aquel hombre había llevado sus armas desde las fronteras indias á las costas del mar Rojo y del mar Sirio, invadido el Egipto, engarzado por el Norte á su corona el Ponto Euxino y el mar Caspio, ido por el Occidente hasta el Egeo y por el Sur hasta Etiopía y las aguas eritreas, teniendo corte, ya en Susa, ya en Bactrias, ya en Jerusalén, y llamándose á sí mismo, por levantado sobre las espaldas de los pueblos, rey de las naciones. Así es que parecía el dios de la tierra. Sus grandes sucesores, desde Cambises y Darío hasta Jerjes, no habían hecho sino aumentar su grandeza y extender sus límites. Mas, á pesar de todo esto, algunos sacudimientos interiores llevaron el imperio á trances amargos, pues el mal está muy cerca de la fortuna, y á peligros propios de unos Estados tan enormes por su colosal grandeza como enormemente frágiles. Cambises, que llegó hasta Etiopía, vió su gente sorprendida por la furia de los cielos, y no pudo sobrevivir á la noticia por un mensajero aportada tristemente de que cincuenta mil hombres, enviados al santuario de Júpiter Ammón, habían caído envueltos bajo las arenas de Libia. Darío, que le sucedió, no pudo reposar largo tiempo, á conquistas movido por las terribles ambiciones de su mujer Atossa. Los límites de su imperio, muy señalados al Oriente por los Alpes indianos y al Norte por las mesetas mogólicas, no tenían igual claridad al Occidente, donde radicaba la hermosísima Grecia. Dueño de los tracios asiáticos, y oyendo hablar del oro que poseían los escitas europeos, pensó en redondear su imperio y darle aquellos límites occidentales que creía necesarios á su propia seguridad y á la dominación de Escitia y de la Tracia del Norte. En un principio las ciudades griegas no le opusieron ninguna resistencia. Dividido aquel pueblo en jonios y en dorios, la división les llevaba de suyo á la venganza, y la venganza les imponía una ver-

dadera indiferencia respecto del Asia. Importábales poco el contrario lejano con tal de molestar al vecino. Pero esto no podía continuar mucho tiempo. El sentimiento de libertad é independencia en tal modo arraiga por las entrañas del corazón humano, que debía decidir y resolver un movimiento contra los reyes de Persia. Cuando éstos iniciaron sus primitivas empresas, los gobiernos tiránicos dominaban por todas partes. Mas luego que las tiranías fueron poco á poco reemplazándose con las democracias, el sentimiento de libertad, nativo en éstas, condensa sus iras contra la tiranía oriental. Los hijos de Pisistrato representaban el gobierno tiránico en Atenas. La muerte de Hiparco, herido por dos héroes republicanos, y la fuga de Hipias, señalan el cambio de los gobiernos tiránicos por los gobiernos demócratas en Grecia. El mundo cambia poco y poco se altera, porque también cambian y se alteran poco las leyes que lo rigen. Los gobiernos tiránicos se habían asociado al gran déspota, porque todos los despotismos se necesitan y se completan. Así es que la tiranía se debió quebrantar mucho dentro de sí para emprender la guerra contra quien podíamos llamar el tirano de los tiranos, el dios de los dioses. Sin embargo, del seno de la tiranía en descomposición surgió la primera protesta contra el despotismo y sus esfuerzos. Un tirano, el de Mileto, Aristágoras, dió la voz de alarma y conjuró el primero á Grecia contra su déspota.

— Pero el sentimiento de unidad — exclamó Séneca — no había en tales edades arraigado lo bastante para que pudiese defender toda Grecia en armas á los jonios del continente asiático y del archipiélago helénico. Aquellas islas, entre dos mundos sembradas, por aguas celestes y argénteas ceñidas, con sus coronas de luz, con sus togas de flores, con sus sandalias de perlas y corales, armadas, más que por instrumentos de guerra, por cítaras de oro, fecundas en mirtos para los poetas y en laureles para los héroes, despidiendo á las alturas en verdaderos enjambres ideas que llenaban lo infinito, no fueron, á pesar de tanta hermosura, perdonadas, y pagaron por toda Grecia, empezando en ellas á cebarse con furor la rencorosa ira de los asiáticos déspotas. Chios, la tierra homérica; Lesbos, donde resuenan las arpas eólicas; la oriental Samos; la sabia Mileto, á pesar de sus cien maravillosas naves y de sus innu-

merables heroicos remeros, precipitáronse una tras otra en el abismo y vieron sus hijos mutilados y sus hijas esclavas en los serrallos de Susa. El esposo de Atossa, instigado por esta hija de Ciro, que soñara con la gloria y la pujanza de Semíramis, decidió dar á su inmenso imperio los mares griegos por límite occidental y se propuso resueltamente someter toda Grecia. Así dió las correspondientes órdenes para que Mardonio, su general, atravesase por los territorios tracios, desde el continente asiático á nuestro continente. Los fenicios ayudaban por mar á todas estas manobras, impelidos fuertemente de sus odios á Grecia, y los medos componían el núcleo de los ejércitos terrestres.

— La guerra no podía contenerse — dijo Persio — desde aquel punto y hora, en los cuales así Esparta como Atenas inmolaron á los embajadores de Darío. Dió el déspota, pues, la orden de acometer inmediatamente á la capitalidad intelectual de Grecia y conducir sus hijos en hierros al cautiverio para que dedicaran sus buriles á embellecer la vivienda y sus voces á cantar la gloria de los déspotas. Eretria cayó en poder de los invasores, y ninguno de sus habitantes fué perdonado, á pesar de que muchos extendían los brazos á las cadenas y demandaban vida en cambio de sumisión á los vencedores. Las naves asiáticas asombraron las aguas del Egeo. Naxos murió, á cuchillo pasada por el déspota. Atenas, pues, debía defenderse y retar al tirano que así maltrataba las islas confederadas suyas y las regiones consubstanciales con la divina Grecia. El llano de Maratón fué teatro donde mostraron al mundo la superioridad incalculable de todos los libres sobre todos los esclavos. Cada tribu dió mil hombres, y cada hombre sintió en sí que, para conseguir el heroísmo, no hay como aceptar de antemano el martirio. Una elocuencia sublime les había enseñado á considerar como el primero de los bienes la muerte honrosa, y no podía en el mundo haber para ellos muerte alguna como la muerte por su patria. Así corrieron al encuentro del enemigo antes de que hubieran desembarcado. Cien mil persas se colocaron frente á frente de diez mil griegos en los campos de Maratón. Los persas estaban sometidos todos á un solo general, mientras los griegos tenían diez, cada uno de los cuales hallábase destinado á mandar en su día respectivo y por riguroso turno. Sin embargo, el principio de libertad es-

ta era destinado á vencer la tiranía. Inteligentes matemáticos opusieron también á la fuerza la ciencia. Su línea de batalla, con sólo diez mil hombres, extendíase tanto como la línea misma de los persas. No tenían caballos, porque su árido suelo carecía de aquellos ricos pastos, en el antiguo lenguaje denominados hierba médica. A pesar de tantas inferioridades, el espíritu y el pensamiento suplieron al número. Cada hombre libre tenía consigo la patria, que le impulsaba resueltamente, no sólo al combate, sino también al sacrificio. Así el centro de los griegos no pudo contenerse y arremetió contra el centro de los persas. Desconcertado éste á la furia del primer ataque, repúsose bien pronto y rompió por todo, destruyendo con su número la línea enemiga y acosando á sus mantenedores. Entonces las dos alas del ejército republicano, que habían estado inmóviles, incontrastables, profundamente serenas, cual si no les tocara la batalla, viendo el encarnizamiento de los persas con los guerreros de su centro y notando cómo en la ceguera de su odio, para mejor perseguirlos y acosarlos, abandonaban sus ventajosas posiciones, desplegaron primero con rapidez, uniéronse después con facilidad, y, una vez unidos, arremetieron al enemigo por la espalda, alcanzando tal victoria que no les quedó á los persas refugio ni auxilio ninguno, sino el mar, donde los persiguieron y acosaron sus gloriosos enemigos, cuyo triunfo resultara tal y tanto, que Atenas colocó las efigies de aquellos héroes entre las efigies de sus dioses y declaró altares atenienses los túmulos que señalaban el santísimo lugar donde habían muerto sus soldados por la libertad y por la patria.

— El Asia debió, tras el triunfo de los jonios, armarse contra Grecia — dijo Lucano, entusiasmado en su versión á la república por estos recuerdos. — Este armamento apareció fácil, porque los generales persas, vencidos en Maratón, habían engañado á Darío hasta presentarle como una victoria su derrota, fingiendo provenir de Atenas los prisioneros allegados en sus ventajas sobre las islas jónicas. Atossa insistía, como siempre, por la dilatación de un imperio cuyos límites ignoraba ella misma, no obstante haberlos trazado tanta y tanta sangre. Muerto Darío en los comienzos de la segunda guerra médica, el influjo de Atossa creció desmesuradamente por oírle su hijo más todavía que su esposo. El armamento

de Asia contra Europa se consumó por mano de aquella mujer extraordinaria. Babilonia y Menfis, que habían resistido al vencedor persa, tuvieron que someterse; las estatuas de los reyes y de los dioses vencidos entraron en Susa como tributos pagados por el Eufrates y el Nilo; juramentáronse las naves fenicias para mostrar en los empeños de la guerra tanto arte y destreza como en los empeños del comercio; los caudillos de cualquier territorio que resistiese á este reclutamiento universal, pagaban con la pérdida de sus ojos ó con la pérdida de su cabeza esta resistencia; el número de tribus llegadas no podía contarse ni sus nombres saberse; cuarenta y seis naciones, por lo menos, marchaban tan compactas que parecían cuarenta y seis colosos movidos por una sola voluntad y animados por un solo pensamiento; los asirios, ceñidos con cascos semejantes á tiaras y orgullosos de sus agudas flechas; los sacios, empuñando cortantes hachas de leñadores infatigables; los árabes, medio desnudos sobre sus caballos de guerra nómadas acostumbrados á marchar entre matanzas; los indios, envueltos en sus túnicas



Themistocles

de algodón; los rojos egipcios, cuyo carcaz contenía muchas flechas y cuyas flechas llegaban muy lejos; los sagastos, de puñal muy corto y honda muy larga; los negros etíopes envueltos en pieles de leones y de panteras; los hircanos, tan sedientos de sangre como sus tigres; los voluptuosos libios, acostados en sus carros de combate, parecidos á lechos de placer; todos cuantos representaban las castas, la fatalidad, la monarquía, el despotismo, habíanse unido en haz para derribar por el suelo á unos pocos ciudadanos cuya fuerza única estaba en su idea, fuerza incontrastable, porque esa idea era la libertad. El tirano ignora, no solamente la libertad, ignora tam-